Discurso del Presidente con motivo de la entrega del Premio Carlomagno 2006 a Jean-Claude Juncker

Aquisgrán, 24 de mayo de 2006
Josep Borrell

Altezas Reales,
Señor Primer Ministro,
Señoras y señores Miembros de la Fundación,
Señoras y señores:

El Premio Carlomagno de este año ha sido otorgado al señor Juncker. No nos extraña, lo merece sobradamente.

Es para mí un gran honor dirigirme a ustedes, en nombre del Parlamento Europeo, con tal motivo.

En junio de 2005, ya hace un año, los diputados europeos ovacionaron puestos en pie al señor Juncker en dos ocasiones.

La primera, antes incluso de que comenzase su intervención, aplaudía el éxito de la Presidencia luxemburguesa y el empeño del señor Juncker por lograr un acuerdo sobre las perspectivas financieras.

La segunda ovación, a la conclusión de su discurso, saludaba su franqueza tras el fracaso del Consejo Europeo en relación con estas mismas perspectivas financieras.

Es cierto que, al día siguiente, el señor Blair también cosechó un éxito.

Pero voy a hacerles una confidencia: a veces es frustrante presidir el Parlamento Europeo. Desde la tribuna de presidencia no se puede intervenir, sino que solamente es posible conceder la palabra al siguiente orador cuando por fin cesan los aplausos.

Por ello, les agradezco que me hayan ofrecido hoy esta oportunidad de responder al señor Juncker.

Le responderé a través del tema sugerido por la Fundación para mi discurso: «Construir nuestra casa europea».

En el contexto actual, es un tema difícil.

No es fácil tampoco hacerlo ante el señor Juncker, pues ¿quién conoce mejor que él nuestra casa Europa?

¡Si lleva trabajando en ella más de veinte años! El señor Juncker presidía el Consejo de Asuntos Sociales y el de Presupuestos ya en 1985. Fue en el Consejo de Presupuestos donde tuve el placer de conocerle, cuando yo era Secretario de Estado de Hacienda.

¡El señor Juncker forma parte del Consejo de Economía y Hacienda sin interrupción ¡desde 1989! Y es miembro del Consejo Europeo desde 1995. Y helo aquí en la Presidencia del Eurogrupo desde 2005.

Desde los años ochenta, el señor Juncker ha participado, pues, en la elaboración de todos los planos para agrandar nuestra casa Europa e incluso en todas las extensiones sin planos.

Su conocimiento de sus vecinos franceses y alemanes ha permitido en ocasiones cerrar compromisos difíciles. Helmut Kohl seguramente nos lo recordará mañana.

Me he enterado de que a veces el Canciller le llamaba «Junior». Pues bien, aquel «Junior» es hoy el decano del Consejo Europeo, y lo es ¡desde hace ya seis años!

Quizás por eso a veces parezca aburrirse. Cuando el señor Juncker se aburre, se nota.

Si me lo permite, retrocedamos seis años, a sus principios de joven decano.

Era una madrugada de un Consejo de pesadilla. Así fue calificado entonces. Señor Juncker, usted ha declarado: «Hasta Niza, nunca había sentido tan vivamente la impresión de que Europa sigue siendo una empresa frágil».

Al día siguiente de Niza, todo el mundo estaba de acuerdo en decir que no se podía continuar así. Había que reconsiderar tanto los fines como los medios del proyecto europeo.

Sin embargo, seis años después, estamos todavía en ese mismo punto. Seguimos igual. ¿Por cuánto tiempo?

Altezas, señoras y señores:

Hoy día, no hay que sentir temor de decirlo, esta frágil empresa está efectivamente en crisis, hasta su sentido está en crisis.

Estamos viviendo una crisis triple: crisis de eficacia, crisis de legitimidad y crisis de dimensión.

Claro que sí, las instituciones siguen funcionando para los asuntos cotidianos. Business as usual for usual business. Pero andamos mal de futuro.

La casa se ha tambaleado con los dos «noes» de los referendos francés y neerlandés sobre el Tratado constitucional. Ahora bien, este Tratado tenía precisamente el objetivo de superar las deficiencias de Niza.

Algunos países, como Luxemburgo, al que aplaudo, han proseguido el proceso de ratificación.

En el seno del Consejo Europeo, cuando se decidió esta pausa -aunque el término «pausa» no figure en las conclusiones- todo el mundo quería dar ánimos al señor Juncker, que tenía también que hacer frente al referéndum.

Había que salvar al soldado Juncker. Pero no fue necesario, demostró valentía y el referéndum fue un éxito.

Hoy día, no obstante, todos nos planteamos interrogantes sobre el curso que tomarán los acontecimientos.

¿Cómo volver a dar vida a nuestra casa Europa y cómo devolver la confianza a los ciudadanos que la habitan?

Puede ser que nos equivocásemos al utilizar la palabra «constitución» cuando tratábamos ante todo de garantizar el buen funcionamiento de una Europa ampliada.

Mientras tanto, a día de hoy el número de miembros ha pasado de 15 a 25 y pronto lo hará a 27, sin que nosotros hayamos reformado nuestras instituciones. Y tras el fracaso de dos referendos, nada indica que estemos en condiciones de hacerlo.

En tres Estados miembros cuando menos, parece que el Tratado constitucional no será sometido a ratificación, lo que eleva a cinco el total de países problemáticos.

Es cierto que la casa Europa no fue concebida en un principio como una obra maestra perfecta. No había un plano definitivo. Se trataba más bien de un boceto que debía consolidarse poco a poco con nuevas políticas y nuevos miembros.

Para algunos, esta evolución se fundaba en el objetivo superior de una unión política. Otros, por el contrario, se contentaban con el enfoque funcional.

Ha habido, en consecuencia, una serie de añadidos más o menos logrados. También se han hecho bricolajes laboriosos, pilares desequilibrados, conectados por improbables pasarelas.

Finalmente, de todo ello ha resultado un edificio más o menos extraño, de acuerdo con la finalidad a la que estaba destinado, pero que sin duda es un edificio frágil. Y, desde luego, no óptimo.

No hay duda de que esta complejidad no ha impedido grandes avances, como el mercado único, la cohesión y la solidaridad con las regiones menos ricas. O el euro, galardonado con este mismo Premio Carlomagno.

En cada ocasión, estas grandes obras políticas han venido preparadas por un Tratado específico, como el Acta única y luego el Tratado de Maastricht.

La situación en la que nos encontramos hoy es mucho más paradójica: el Tratado constitucional no proponía grandes políticas nuevas.

Nos facilitaba sobre todo instrumentos institucionales para llevar adelante mejor, entre los Veinticinco, unas políticas comunes que ya considerábamos convenientes.

¿Qué ocurrió? En dos países, muchos ciudadanos europeos manifestaron su desconfianza ante estas políticas. La apertura de las fronteras ha suscitado temor por las identidades nacionales.

Para algunos, había demasiada Europa. Para otros, no había la suficiente.

Pocos de quienes se oponían al Tratado constitucional, ya se tratase de ciudadanos o de diputados nacionales, cuestionaban los fundamentos de las disposiciones institucionales propuestas.

¿Qué hacer, entonces?

Yo pienso que deberíamos volver a andar el camino iniciado en Niza: volver a los cimientos mismos de la casa Europa y responder a las cuestiones planteadas en Laeken.

Europa, ¿con qué fines? ¿Por qué estamos juntos? ¿Hasta qué punto es compatible la diversidad con la Unión?

Pero no bastará con hacerse preguntas cruzándose de brazos. También hay que avanzar sin reparar en los obstáculos, y demostrarlo con la acción, sin olvidar que las propuestas de mínimos no son suficientes.

La parálisis no es una respuesta a la altura de las cuestiones planteadas. No podemos descuidar la casa Europa a la espera de días mejores. Porque, si bien la empresa atraviesa un momento de fragilidad, su situación no es irreversible.

Podemos justificar Europa por sus ventajas cotidianas, pero hay que hacer de nuevo de ella un proyecto político capaz de influir en el destino del mundo.

La ampliación y la supresión de las fronteras interiores han generado desconfianza entre muchos de nuestros conciudadanos.

Somos más numerosos, con niveles de vida más desiguales. Entre las ciudades más ricas y las más pobres, las diferencias de renta media va ahora de 1 a 20.

Queremos circular libremente de una habitación a la otra, pero esto crea tensiones en la casa Europa. El fontanero polaco conmocionó a Francia. El asunto Vaxholm aún preocupa a Suecia.

Según el último sondeo Eurobarómetro, del 5 de mayo, el 47% de los europeos contempla la globalización como una amenaza. Tan sólo el 37% la ve aún como una oportunidad, lo que supone un 20% menos que en 2003.

Son numerosos los ciudadanos que piensan que Europa pone en peligro la solidez de sus sistemas sociales o la seguridad de sus fronteras. La Unión y sus Estados miembros deben aportar soluciones más visibles. Es algo urgente, sobre todo en el ámbito de la inmigración.

Algunas ventanas de la casa Europa reciben el asalto de oleadas de inmigrantes que arriesgan sus vidas para alcanzar El Dorado europeo. No se podrán blindar todas las ventanas.

Europa impone normas monetarias y presupuestarias estrictas, no siempre adaptadas y no siempre respetadas. Pero la coordinación económica sigue siendo demasiado débil. Europa no controla el tipo de cambio de su propia moneda y su presupuesto, demasiado modesto, no le permite amortiguar los ciclos económicos.

A pesar de las mejoras recientes, la Unión Monetaria no es aún una unión económica. El señor Trichet aún le saca varios largos de ventaja al señor Juncker.

Hasta ahora, el euro ha hecho las veces de escudo. Protege a los gobiernos, incluso contra sus propios errores. Les permite llevar a cabo políticas más independientes en la escena internacional.

Pero el euro no es todavía un motor capaz de alimentar el crecimiento.

Una mejor gobernanza económica de la casa Europa puede aportar crecimiento adicional, pues facilitaría las reformas estructurales y podría dar lugar a un ciclo virtuoso en el que las reformas y la solidaridad social puedan cohabitar.

Sin embargo, cuando llegamos al presupuesto, se arma la trifulca general. Y el señor Juncker lo sabe bien.

Encontraríamos más solidaridad entre unos estudiantes ingleses, alemanes y polacos que compartan piso que entre sus dirigentes en el Consejo Europeo! Tal vez a éstos les haría falta un programa Erasmus específico.

Hoy en día ya no es posible realizar un proyecto ambicioso con agentes más numerosos y variados si el único criterio es el saldo neto y si el procedimiento de adopción de decisiones sigue siendo la unanimidad.

Altezas, señoras y señores:

Puesto que estamos en Alemania, y sin pasar por alto las contribuciones de la próxima Presidencia finlandesa, querría decir aquí que esperamos mucho de la Presidencia alemana.
Deseo fervientemente que la Canciller Merkel consiga, como ella misma ha indicado, «refundar» nuestro proyecto europeo.

Porque, con las sucesivas ampliaciones, contamos cada vez con más ciudadanos. Pero los proyectos se vuelven a menudo menos ambiciosos y la máquina funciona mal.
Dicho de otro modo, cada vez tenemos más europeos y menos Europa.

El proyecto se diluye.
Muchos ciudadanos y dirigentes han perdido el hilo conductor.

La ampliación parece traducirse en una merma de la voluntad política.

¿Tendremos la capacidad política, yo diría incluso la valentía, de provocar una sacudida colectiva? Dentro de tres semanas, el Consejo Europeo nos dará tal vez una primera respuesta.
Pero no se trata solamente de acusar a los gobiernos. El malestar de nuestros conciudadanos hacia el proyecto europeo es un fracaso colectivo.

Parlamentarios europeos, nacionales, regionales; representantes políticos, patronales, sindicales: todos tenemos un papel que desempeñar.

Debemos trabajar para que los ciudadanos hagan suyo el proyecto. El Parlamento Europeo y los Parlamentos nacionales, tras largos años de desconfianza, han puesto en marcha un diálogo constructivo.

Los partidos políticos europeos también pueden marcar la diferencia.

Hemos visto cómo la negociación entre los grupos políticos del Parlamento Europeo ha permitido desbloquear el debate sobre la denominada Directiva Bolkestein, en interés de los ciudadanos.

Aún queda mucho por hacer para conectar nuevamente a los ciudadanos con la casa Europa. Y alumbrar un día «el espacio público europeo», tan querido para Habermas.

Algunos apuestan hoy por el horizonte de 2009 para reconsiderar las cuestiones institucionales. También sabemos que en 2008-2009 replantearemos todas las cuestiones financieras.

Al igual que en Niza en 2000, estamos de acuerdo en decir que el presupuesto de la Unión ya no se puede concebir así.

Una cosa es cierta: en 2009, tendremos elecciones europeas.

Tras el récord de abstención de 2004, que ya era una advertencia, deberemos presentar a los electores propuestas que no les dejen indiferentes.

Altezas, señoras y señores,

Cuando supe que el señor don Leo Tindemans, galardonado con el Premio Carlomagno en 1976, estaría entre nosotros, me sumergí de nuevo en su célebre informe.

En aquel momento, la Comunidad estaba digiriendo mal su primera ampliación y la primera crisis del petróleo. Se hablaba de «euroesclerosis».

El objetivo de los padres fundadores estaba tardando en realizarse. El señor Tindemans señalaba que la integración económica no conduciría automáticamente a la integración política.

«No tiene nada de extraño -decía- que la Comunidad se desmorone ante el renacer de preocupaciones estrictamente nacionales».

Proponía cambios institucionales y políticas ambiciosas para volver a otorgar un sentido colectivo a la casa Europa.

Treinta años después, señor Juncker, usted no decía nada diferente ante el Parlamento Europeo. Voy a citarle porque sé que su modestia podrá soportarlo:

«No tenemos derecho a demoler la obra de nuestros predecesores, porque las generaciones futuras necesitarán una Europa política, pues si no es política, se extraviará.

Necesitan y desean una Europa solidaria, una Europa social, una Europa competitiva, una Europa fuerte en casa y fuerte en el mundo».

Señor Juncker, usted merece sobradamente el Premio Carlomagno 2006 por el conjunto de los servicios prestados a Europa.

Pero si usted lograra que sus colegas del Consejo Europeo compartieran las convicciones que acabo de citar, yo le propondría inmediatamente para el premio de 2007.

Enhorabuena y muchas gracias.